

WARHAMMER
40,000



DAN ABNETT
RAVENOR
EL ÓMNIBUS

minotauro



RAVENOR

EL ÓMNIBUS



DAN ABNETT

minotauro

Título: *Ravenor: el ómnibus*

Versión original inglesa publicada por *Black Library*

Ravenor: The Omnibus, Ravenor: Omnibus, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Título original: *Ravenor: The Omnibus*

Ravenor © 2004, Copyright *Games Workshop Ltd.*

Thorn Wishes Talon © 2004, Copyright *Games Workshop Ltd.*

Ravenor Returned © 2006, Copyright *Games Workshop Ltd.*

Ravenor Rogue © 2007, Copyright *Games Workshop Ltd.*

Perihelion © 2018, Copyright *Games Workshop Ltd.*

Ravenor: The Omnibus © 2019, Copyright *Games Workshop Ltd.*

Ilustración de la cubierta: Grant Griffin.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

© 2021 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

© Traducción: Juan Pascual

ISBN: 978-84-450-1172-0

Depósito legal: B. 13.934-2021 (10281788)

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: www.edicionesminotauro.com

Web: www.edicionesminotauro.com

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/YouTube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

Ravenor	II
Espina desea garra	261
El regreso de Ravenor	281
Ser Patience	545
Ravenor fugitivo	591
Perihelio	883



UNO

Utilizó su primer flejo el verano en que cumplió once años, pero ya los había visto antes. También había visto antes a los enganchados. Descerebrados, gente acabada, desechos. Luego se había dado cuenta de lo mierda que podía llegar a ser la vida en los hacinados bajos fondos.

El Departamento Munitorum había cerrado dos fabricadorías en el distrito. Diecinueve mil operarios que trabajaban en ellas quedaron, en palabras del Munitorum, «licenciados». No se ofreció jamás ninguna clase de explicación por el cierre, pero todo el mundo sabía que había un bajón en el comercio del subsector. Se decía que habían abierto nuevas plantas automatizadas en la zona norte, plantas donde un solo servidor podía realizar la tarea de veinte operarios sin necesidad de turnos para dormir. Otros rumores decían que las fabricadorías habían perdido un contrato con la Armada frente a unas manufactorías de Caxton. Sea como fuere, el trabajo había desaparecido. Las fabricadorías se cerraron a cal y canto. Diecinueve mil operarios capacitados se quedaron en la calle.

Los padres de Zael habían muerto a consecuencia de una epidemia de viruela que había habido en la colmena años antes. Entonces vivía en los bloques de habitáculos con su abuela y su hermana, Nove. Ella tenía dieciocho años y era una soldadora de superficies planas, la única que llevaba dinero a casa. Nove se contaba entre los operarios «licenciados».

La situación fue de mal en peor, y con rapidez. La beneficencia y los cupones de subsistencia no fueron suficientes para alimentarlos. Zael se vio obligado a dejar la scholam para ganar dinero haciendo encargos para los comerciantes locales. Algunos de ellos no eran nada limpios. Jamás preguntó lo que había dentro de los paquetes envueltos con papel marrón que llevaba a las direcciones anotadas de los bloques. Mientras tanto, la abuela pasaba el tiempo oliendo los tubos de pegamento casi vacíos que encontraba rebuscando en la basura de la fabricadoría de cajas.

Nove buscaba trabajo. Aunque no encontró ninguno, en algún momento de la búsqueda halló flejos. Zael no tenía ni idea de cómo los pagaba, pero acabó acostumbrándose a su mirada vidriosa y a la sonrisa vacía.

—Deberías probar uno, peque —le dijo una vez. Siempre le había llamado «pequeñín», pero la palabra completa terminó pareciendo demasiado esfuerzo.

Un día volvió a casa después de un encargo con un fajo de billetes empapado de sudor en el bolsillo. Nove no esperaba que regresara tan pronto y se sobresaltó. Estaba sentada en la diminuta mesa de la pequeña cocina del habitáculo y escondió de forma apresurada algo debajo de un trapo sucio. Zael se quedó en el umbral, fascinado por el brillo de lo que estaba intentando esconder.

Nove se tranquilizó cuando vio que era él. Se había temido que fueran los arbitres,

o una llamada sorpresa de la división de templanza del Ministorum. Se habían estado pasando por los bloques de Formal J esa semana. Iban de puerta en puerta, con panfletos en la mano y expresiones desaprobadoras en el rostro.

Zael entró en la cocina, sacó los billetes del bolsillo y los dejó en un escurridor oxidado.

—Bien, peque —le dijo Nove—. Bien, bien, peque; buen trabajo.

Zael no le hizo caso y buscó la última bebida con sabor cítrico, que había escondido en la despensa.

Nove ya la había encontrado y se la había bebido. En vez de eso, Zael puso un cazo al fuego para hervir agua y hacerse una sopa deshidratada.

La hermana levantó el trapo de cocina y dejó al descubierto un pequeño fragmento de cristal de forma irregular y algo más corto que un pulgar. Estaba colocado sobre un trozo de papel de seda arrugado de color rojo claro.

Intentó parecer ocupado para que ella no se diera cuenta de que estaba mirando. El agua bulló en el cazo cuando empezó a hervir. La cocina olía a carne rancia y al pegamento de la abuela.

Nove alisó los bordes del papel de seda arrugado y se quedó mirando el fragmento de cristal sucio. Parpadeó y después se estremeció. Los labios le temblaban. Se recostó sobre el respaldo de la silla y puso las manos encima de la mesa. Fue entonces cuando lo dijo.

—Deberías probar uno, peque.

—¿Por qué?

—Hace que todo parezca mejor.

La sopa salió a borbotones del cazo y apagó la llama del quemador. Zael tuvo que girar con rapidez el mando para impedir que la pequeña estancia se llenara de gas.

Nove murió una semana más tarde. Los arbitres recogieron su cuerpo, delimitaron la escena de la muerte y la limpiaron a manguerazos. Dijeron que había muerto después de caer debido a los efectos de una sustancia prohibida. Nadie fue capaz de explicar jamás por qué había caído boca arriba, como si retrocediera ante algo. La gente retrocede cuando tiene miedo.

Dieciocho pisos. Sólo el informe del médico forense fue capaz de establecer hacia dónde estaba mirando el cuerpo cuando se estampó contra el suelo.

Durante largos años había visto cómo su abuela inhalaba los vapores desprendidos por el pegamento de los tubos, la había visto sorbiéndose unos mocos sanguinolentos y mearse en el sillón, y esos años habían hecho que Zael decidiera que no iba a probar aquella mierda venenosa.

Pero los flejos eran algo distinto. No eran más que trozos de cristal. Pequeños fragmentos de cristal envueltos en papel de seda rojo claro. Había visto a los tratantes semicultos en las esquinas entregándolos a cambio de dinero. Había oído hablar de fiestas donde hasta doce personas habían compartido un trozo especialmente grande.

El verano que había cumplido once años había hecho un encargo a un tipo llamado Riscoe. Nove llevaba muerta tres semanas. Riscoe, un individuo gordo con un aroma propio a sudor rancio, le revolvió el cabello a Zael con unos dedos gruesos como salami y le dijo que no llevaba dinero encima.

¿Querría Zael esperar mientras lo traía, o prefería echar un vistazo como pago? Zael echó el vistazo. Riscoe sacó un pequeño envoltorio de papel de seda rojo claro de uno de los bolsillos del abrigo y se lo pasó con discreción, como si fuera un juego de manos.

—Piérdete —le dijo Riscoe.

No se refería a que se largara: era el consejo de alguien acostumbrado a utilizar los cristales.

Zael lo dejó en el bolsillo durante ocho días. Por fin, una noche, cuando su abuela estaba inconsciente, subió hasta el habitáculo de servicio, deshabitado, abrió el papel de seda y miró.

Y nunca miró atrás para arrepentirse.

Ya tenía doce años, o catorce; no estaba seguro, pero sí sabía que era un número par. Trabajaba todo el día y cobraba sus servicios en flejos, o en dinero que usaba para conseguir flejos. De alguna manera, funcionaba. El único recuerdo reciente que le quedaba era la retirada del cadáver de su abuela por el Magistratum.

—¿Cuánto tiempo lleva muerta? —le preguntó el médico del Magistratum después de quitarse la mascarilla para mostrar un sonrisa inquietante.

—¿Mi abuela está muerta?

—Se ahogó con su propio vómito... —contestó el médico, dubitativo—. Se está pudriendo. Debe de haber muerto hace semanas. ¿No lo notaste?

Zael se encogió de hombros. Acababa de conseguir un flejo y estaba deseando utilizarlo. Le quemaba en el bolsillo. Aquellos hombres y sus preguntas le impedían disfrutarlo.

—Todo va a ir bien —le dijo el médico mientras retrocedía para que sus compañeros sacaran una bolsa para cadáveres de la cocina y la llevaran al pasillo. Intentó sonar tranquilizador.

—Lo sé —le contestó Zael.

Zael buscaba un flejo cuando vio a aquel tipo.

El tipo procuraba pasar desapercibido, pero no lo lograba. Era un individuo de aspecto rudo: alto, de hombros anchos y brazos gruesos. Casi podía haber pasado por uno de los matones de cualquier clan de los bloques, que sin duda era lo que pretendía, si no hubiese sido porque iba limpio en exceso y su vestimenta monopieza de color negro mate era demasiado nueva. Zael pretendía conseguir un flejo de su suministrador habitual, un adicto con el cerebro quemado que se llamaba Isky y que trabajaba en un habitáculo de los bloques, en los niveles inferiores de la zona norte. Sin embargo, en cuanto vio al tipo pensó en otra cosa.

Aquel individuo le siguió desde los bloques de Formal J hasta el puente del río. Zael se detuvo un rato, apoyado en el pasamanos de hierro forjado, mirando la basura que flotaba en el agua sucia. Un tren de vapor pasó traqueteando por la vía que se elevaba un poco por encima de él e iluminó el río de forma intermitente. El vapor manchado de alquitrán llenó el lugar por unos instantes, y Zael aprovechó para escabullirse.

Vio al tipo dos calles más adelante, mientras se dirigía a los bloques de habitáculos de Formal L. No había duda: el mono negro mate ceñido, la cabeza afeitada, la perilla negra que no estaba de moda en los bajos fondos desde hacía varias temporadas.

Zael se dirigió hacia el oeste en Crossferry con la esperanza de despistarlo. El tipo era bueno, realmente bueno. Retrocedió sobre sus pasos, luego saltó hacia una calle y después se metió en otra; pero todavía le seguía.

Zael echó a correr. Recorrió a toda velocidad Crossferry, atravesó los tenderetes y cruzó un paso subterráneo bajo los bloques triangulares. Se giró para mirar por encima del hombro y se encontró de frente con una mano abierta.

El tipo lo agarró por la garganta y lo estampó contra una pared.

—Eres uno de esos mirones —dijo aquel individuo con acento de fuera del planeta—. Intentaba no ser duro contigo, pero la has fastidiado. Tu camello; quiero saber quién es tu camello.

—¡Que te jodan! —contestó Zael con una risa falsa. El tipo apretó más, y aquello dejó de ser divertido.

—¿Por qué quieres saber quién es mi camello? —le preguntó Zael cuando el tipo lo soltó.

—Porque sí.

Como si aquello lo explicara todo.

—¿Eres un arbitres?

El tipo negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—Lo peor que te puedas imaginar.

Zael jadeó con fuerza. Empezaba a sentir mucho miedo. Le zarandeaban todos los días, pero no de ese modo. Aquel tipo no era un mirón que buscaba un camello al que dejar limpio, ni tampoco un matón furioso dispuesto a eliminar a la competencia. Aquel tipo era realmente duro. Zael no tenía ninguna intención de llevarlo hasta Isky, pero sabía que tenía que darle algo real. Conocía a otros camellos, en los bloques de Formal L. No sentía ninguna clase de remordimiento por delatarlos. Se estaba jugando el cuello.

—¿Me das un nombre? —le preguntó Zael. El hombre se quedó callado un momento.

—¿El tuyo o el mío? —preguntó en voz alta como si se lo hubiese preguntado a alguien invisible que estuviese a su lado. Una pausa. El tipo asintió y se giró hacia Zael—. Llámame Raveron.

Comenzó a llover. Una fuerte brisa había apelonado las nubes que cubrían el distrito, y las alarmas de lluvia colocadas en las farolas comenzaron a sonar. Carl Thonius no pareció oírlas, así que ella le tiró del codo y le indicó con un gesto que se pusieran a cubierto en una pasarela resguardada por un cristal oscurecido.

—Odio este planeta de mierda —dijo.

Veinticuatro siglos de actividad industrial habían envenenado la atmósfera de Eustis Majoris. La ciudad pasaba el noventa por ciento del tiempo bajo una capa de nubes tóxicas y con las calles cubiertas por una niebla producida por los hidrocarburos. De vez en cuando, las nubes estallaban y una tormenta empapaba las calles con lluvia ácida. La lluvia penetraba en todo: en las piedras, en las tejas, en los ladrillos, en el acero, en la piel. El cáncer de piel, una consecuencia de la exposición a la lluvia, se había convertido en la segunda causa de muerte en todo el planeta, después de los enfisemas provocados por la contaminación.

En el momento en que las alarmas de lluvia ácida sonaron, los paragueros salieron de los callejones y de las entradas de las tiendas, comenzaron a ofrecer a voz en grito sus servicios a los viandantes y abrieron de forma ostentosa los grandes paraguas de largos mangos que llevaban apoyados sobre los hombros como si fueran lanzas. Algunos eran de papel tratado; otros de seda acerada, o de plastec, o de celulosa. Casi todos estaban pintados de manera llamativa y llevaban escritos detalles como las tarifas o la probidad del paraguero.

Los dos extranjeros los alejaron con un gesto y siguieron bajo la pasarela cubierta. Oían cómo la lluvia corrosiva caía sobre el cristal y siseaba al estrellarse contra las piedras de la calle.

Carl Thonius llevaba la boca y la nariz tapadas con un pañuelo de lino. Había empapado el tejido en aceite de osscil. Su rostro mostraba una expresión de disgusto continuo desde que había llegado al planeta.

—Eres un flojucho —le dijo Patience Kys. No era la primera vez que lo hacía.

—No sé cómo puedes soportar este aire asqueroso —le contestó él con desdén—. Cada respiración me trae una bocanada de suciedad apestosa. Es sin duda el planeta más inmundado que jamás he conocido.

Thonius era un individuo de estatura normal, pero de porte increíble. Se quedaba de pie, o caminaba, o se sentaba, siempre con una combinación exquisita de elegancia y compostura. Una rodilla doblada así, el codo en el ángulo adecuado. Iba vestido con un traje de terciopelo rojo de corte impecable, con unos puños de vuelta blancos, y todo ello combinado con unos zapatos de hebilla negros y de aspecto caro. Se había puesto un manto impermeable de plastec de color gris óxido para protegerse. Tenía veintinueve años estándar. Llevaba peinado hacia atrás el largo cabello rubio y se había empolvado el rostro. Entre aquella palidez y el pañuelo que le cubría la nariz, parecía una estatua clásica de «un caballero a punto de estornudar».

—Flojucho —le repitió ella—. Pues a mí me recuerda a mi casa.

Patience Kys había nacido en Sameter, en el subsector helicano. Era otro planeta sucio, contaminado y repleto de habitáculos apilados. El Imperio estaba lleno de mundos como aquél.

Eran una pareja extraña. El figurín y la arpía. Ella era más alta que él, delgada pero atlética, y caminaba con un bamboleo tan exagerado que parecía que se deslizaba por el pavimento. Su mono ceñido de color chocolate incluía escamas plateadas que dejaban poco lugar para la imaginación, a excepción de los riesgos que conllevaban. Tenía recogido el largo cabello negro en un moño alto, sostenido por dos largas agujas de plata. Su rostro era pálido y angular, y los ojos, de un intenso color verde.

—Lo he perdido —admitió.

Thonius la miró un momento y alzó una ceja.

—El azul —dijo.

—¿Cómo lo sabes?

La boca de la pasarela y el resto de la calle eran un mar de paraguas bajo el chaparrón. En medio de ellos resaltaba uno de color azul.

—No lleva inscripciones ni tarifas por horas. Es rico. No utiliza un paragüero público. Tiene el suyo propio.

—Las cosas que llegan a saber —dijo, burlona—. Pero sigues siendo un flojucho.

Thonius soltó un bufido, aunque no lo negó. Cualquier persona que fuera menos que un marine espacial con armadura de la clase exterminador era un flojucho comparado con Patience Kys.

Atravesaron la multitud del mediodía siguiendo al paraguas azul. Era fascinante, aunque morboso, ver que una gran mayoría de los peatones que los rodeaban tenían la piel quemada. Algunas quemaduras eran viejas y descoloridas, pero otras eran nuevas y estaban en carne viva. Algunas —y Thonius se apretó más todavía el pañuelo contra la nariz al constatarlo— ya no eran quemaduras, sino melanomas descoloridos y letales. El remedio que recibían eran los papeles de fe. Se podían comprar a los vendedores callejeros y en las tienduchas de los centros comerciales de la parte baja. Eran papeles delgados, con una capa de goma, que habían sido bendecidos por algún cargo de la Eclesiarquía y que estaban impregnados de alguna clase de suero paliativo, como la infusión de cardo, de raíz de bayas lácteas y de floxodril. Se cortaban con la forma que se quisiera, normalmente en trozos pequeños, se humedecían y se pegaban a las quemaduras

provocadas por la lluvia. La fe y el Dios Emperador de la Humanidad hacían el resto. Un anciano tenía toda la frente y el cuello empapelados, como si fuera una cabeza de papel maché. Un sonido siseante les llegó desde lo alto entre el tronar de la lluvia. Kys alzó la mirada y vio una bandada de pájaros girar a la vez y dirigirse como uno solo hacia la parte superior de uno de los altos edificios de la ciudad, medio oculto por el aguacero.

—¿Cómo logran sobrevivir? —se preguntó en voz alta.

—No lo hacen —le contestó Thonius.

Kys no sabía a qué se refería, pero tampoco le importaba. Se sentía demasiado agobiada como para soportar un discurso de Carl Thonius.

El paraguas azul giró a la izquierda en la calle Lesper y siguió por la amplia avenida de San Germanicus hasta el distrito de los ceramistas. La lluvia continuaba cayendo con fuerza.

—¿Adónde va? —murmuró ella.

—A su único vicio. Colecciona cerámica klayl.

—No es su único vicio —comentó Kys.

Thonius asintió.

—El único que admite en público.

Los artesanos y los comerciantes del distrito habían colocado sus mercancías en unas mesas de madera situadas bajo tenderetes de hierro y grandes persianas de rejilla. El paraguas azul se detuvo unos momentos en aquellos tenderetes donde había cuencos y jarras de un estilo recargado, con fuertes brillos y colores terrosos.

—Dicen que tiene la mejor colección de cerámica klayl antigua en Formal B —comentó Thonius.

—Lo cuentas como si eso fuera algo de lo que sentirse orgulloso, o como algo que tuviera sentido. Me estoy aburriendo, Carl. Vamos a por él.

—No. Jamás lograremos que baje la guardia si le presionamos. Es demasiado listo para eso.

—Es heterosexual, ¿verdad?

Thonius se detuvo y se la quedó mirando.

—Eso dicen los informes. ¿Por qué?

Ella lo agarró del brazo y lo obligó a caminar con rapidez, hasta que estuvieron bastante por delante del paraguas azul. El dueño se había parado frente al puesto de otro ceramista.

—¿Kys? ¿Qué demonios...?

—Cállate. Llegará aquí dentro de nada. —Le señaló los objetos que había en otro puesto—. ¿Es un lugar de calidad?

—Esto... Sí..., sí, eso creo. Tiene algunas piezas bastante buenas de la tercera época.

—Escógeme algo.

—¿Qué?

—Tú sabes de esto porque eres un flojucho. Escógeme algo. Lo más selecto que tengan.

Umberto Sonsal, subdirector de la manufactoría Motores Imperiales de Formal B, era un individuo de aspecto desagradable y corpulento, con unos labios gruesos y los ojos sin pestañas. Las alarmas que alertaban de la lluvia habían parado de sonar al remitir el aguacero, así que ajustó el indicador que llevaba en un anillo tipo sello. Las escamas antiácido que sobresalían de la piel se retrajeron hasta detrás de las orejas y debajo de las cejas. Su paraguero particular cerró el gran paraguas protector.

Sonsal se secó el sudor de la frente con un pañuelo lleno de lazos y deambuló entre las hileras de estanterías; de vez en cuando se paraba para tomar entre sus manos alguna pieza interesante y observarla con detenimiento. Su ayudante, el paraguero y dos guardaespaldas le esperaron en la puerta de la tienda.

El plato que estaba expuesto en la tercera estantería era especialmente bonito. No databa de más allá de la tercera tardía, era de dimensiones perfectas y tenía uno de aquellos resquebrajamientos tan apreciados en el barnizado. Estaba a punto de alargarse la mano para cogerlo cuando apareció otra y se lo llevó.

—¡Oh, es tan hermoso! —murmuró la chica mientras alzaba la pieza hacia la luz.

—Sí que lo es —dijo él con un susurro grave.

—Lo siento. ¿Iba a mirarlo? —le preguntó ella.

Era tremendamente atractiva. Sus ojos eran tan verdes, su silueta tan insinuante, su atracción por la cerámica klayl tan evidente.

—Por favor —le insistió Sonsal.

Ella giró la pieza de un modo experto entre sus manos y se fijó en el sello del fabricante que tenía en la base y en el pequeño disco de papel que mostraba el número de importación.

—¿De la tercera tardía? —aventuró ella, mirándolo.

—Efectivamente.

—El sello parece procedente de los talleres Nooks, pero creo que en realidad se trata de un Solobess, de antes de que Nooks comprara la empresa.

Le entregó la pieza a Sonsal, quien chasqueó los labios.

—Creo que estoy de acuerdo. Conoce el material.

—¡Oh, no! —respondió ella con rapidez a la vez que le lanzaba una sonrisa arrebatadora—. No, de verdad. Es sólo que... Me gusta lo que me gusta.

—Pues tiene un gusto extraordinario, señorita...

—Patience Kys.

—Me llamo Sonsal, pero estaría encantado de que me llamara Umberto. Patience, tienes un ojo excelente. ¿Vas a comprarlo? Te recomiendo que lo hagas.

—Me temo que no puedo permitirme algo así. La verdad, Umberto, es que en la mayoría de las ocasiones me limito a apreciar la pieza. Tengo algunas, pero pocas veces dispongo de dinero para comprar.

—Ya veo. ¿Hay algo más que te llame la atención?

«¡Thonius!»

La llamada mental lo golpeó entre los ojos como un ladrillo. Estaba al otro lado de la calle, observándolo todo desde la parte frontal, cubierta por una lona, de una tienda de papeles de fe. El agua humeante caía desde los tejados desgastados por unos viejos canalones de desagüe de hierro. Thonius incrementó el aumento de su telescopio de bolsillo.

«¡De prisa, dime algo que sea bueno!»

—¿Lo estás viendo? —preguntó Thonius, y recibió una respuesta afirmativa que fue mucho más suave y tranquila que el tremendo empujón mental de Kys.

—¿Alguna sugerencia? —preguntó Thonius de nuevo.

Escuchó con atención la siguiente respuesta antes de hablar de nuevo.

—A tu izquierda, la urna de boca ancha. No, Kys, tu otra izquierda. Ahí. La marrón. Es de principios de la cuarta, pero el fabricante es bueno. Marladeki. Es interesante porque sus proporciones son especialmente buenas y porque Marladeki murió joven, por lo que no creó muchas obras.

«¿Cómo de joven?»

–Lo preguntaré. ¿Cómo de joven? ¡Ajá! Patience... Murió a los veintinueve años. Sobre todo fabricó cuencos, así que una urna suya es bastante rara y apreciada.
«Hay que ver las cosas que sabes. Vale.»

–Ésta es muy bonita –dijo Kys, pasando la mano por el reborde de una jarra de vino alta con un acabado casi en negro melaza–. Pero esto... –Fingió un suspiro mientras tomaba con delicadeza en sus manos la urna de boca ancha–. ¡Dios Emperador!, es una pieza magnífica. Diría que es de principios de la cuarta..., pero tampoco sé tanto.

Sonsal la examinó, tanto a ella como a la urna.

–Sabes mucho, querida. Sí, principios de la cuarta. ¿Quién es el artesano? No puedo leer el sello...

Sonsal se colocó una lente de joyería en el ojo derecho y examinó la base de la urna. Kys se encogió de hombros.

–No puede ser Marladeki, ¿verdad? Me refiero a que realizó muy pocos objetos que no fueran cuencos.

Sonsal se quitó la lente y giró la urna en las manos.

–Pues lo es –dijo en voz baja.

–¡No!

–¡Por el amor del Dios Emperador, Patience, llevo buscando una pieza como ésta desde hace años! Habría creído que era una falsificación si no hubiera sido por ti.

–¡Ah, vamos! –contestó ella con un leve encogimiento de hombros.

El tipo era detestable. Le resultaba tremendamente difícil ser educada, y mucho más fingir todo aquello.

–Tiene que ser mía –dijo Sonsal, pero luego la miró–, a menos, claro, que tú quieras...

–Gracias, Umberto, pero está muy por encima de mis posibilidades –se lamentó.

Sonsal alzó en alto la pieza, y el tendero se apresuró a acercarse para llevársela, embalarla y extender la factura.

–Estoy en deuda contigo, Patience –le dijo Sonsal.

–No seas tonto, Umberto.

–¿Te apetece..., te apetece venir a cenar a mi casa esta noche?

–No, es demasiado...

–Insisto. Celebraremos esta adquisición. Por favor, Patience, es lo menos que puedo hacer para agradeceréelo a su descubridora... Además, no serás tan cruel de privarme de una comida con una mujer de un gusto tan extraordinario.

–Umberto, eres tan amable.

–¡Por el Trono!, el tío es asqueroso –murmuró Thonius–. Y Kys, por el Emperador, eres toda una puta.

«Cállate, flojucho.»

–Ten cuidado, Patience. Tú ten cuidado.

Las alarmas que avisaban de la lluvia comenzaron a aullar de nuevo. El paraguero de Sonsal abrió el paraguas en cuanto su jefe salió de la tienda. Él y Patience se cobijaron juntos bajo aquella protección.

–Sí, los estoy vigilando –contestó Thonius con cierta acritud en respuesta a un empujón mental. Estaba siguiendo el paraguas azul–. Me quedaré cerca de ella, no te preocupes. Aunque si Kara o Nayl están libres a lo mejor...

Otro leve empujón.

—¡Ah! Los dos están ocupados. No importa; me puedo encargar yo solo de esto. Sí, me puedo encargar. Ya lo he dicho, ¿no?

Empujón.

—Bien. Tranquilo, Ravenor. Soy tu humilde servidor.

¡Joder!, el ninker de mierda iba a intentarlo... La mano hacia la chaqueta. Siempre los delataba. ¿Qué tendría?: ¿una pistola?, ¿una escopeta recortada?, ¿un puñetero bólter?

Kara Swole no se quedó esperando a verlo. Dio un salto hacia atrás y se impulsó con la mano en el suelo para pasar por encima de la barra de acero pulido.

Varios disparos destrozaron las estanterías repletas que tenía por encima de la cabeza, y los impactos lanzaron pedazos de carne asada y de puré vegetal por los aires. Las jarras, selladas con cera y llenas de pescado en conserva y col en salmuera, estallaron y arrojaron su asqueroso contenido por la parte trasera de la barra. Alguien empezó a chillar. Kara pensó que probablemente se trataba de la camarera de busto estupendo. Que chillara. Era evidente que tenía pulmones para ello.

Kara corrió a cuatro patas, veloz como un félido, y se desabrochó los tres botones del chaleco para alcanzar la pistolera que llevaba bajo el hombro. La Tronvasse compacta casi le cayó directamente en la mano. Se sentó al final de la barra con la espalda contra el acero tibio y metió una bala en la recámara. Los disparos pararon por un segundo. Lo único que se oía eran los chillidos y los gritos de los clientes que salían a toda prisa del local.

—¿Dónde está? —susurró, cabreada.

«Unos cinco metros a tu izquierda, avanzando hacia ti. Noto una gran ansiedad en él.»

—No me jodas. Acaba de dispararme. Un estado ansioso se queda corto.

«Por favor, ten cuidado. Costaría mucho reemplazarte.»

—Eres muy amable.

—Quería decirte... que no queremos complicaciones. Ahí, no. Sería muy inconveniente. ¿No podrías desactivar la situación?»

«¿Desactivarla?»

«Sí.»

—¿A un pirado con una arma?

«Sí.»

—Vamos a ver...

Alzó la cabeza un poco, y otros dos disparos casi le arrancan el cuero cabelludo al pasar por encima de la barra.

—Eso es un *no*.

«¡Hummm!»

—Mira, puedo intentarlo. Déjame ver, ¿vale?

«Cierra los ojos.»

Kara Swole cerró los ojos. Tras un instante, le llegó una imagen clara, aunque levemente distorsionada, como si la viera a través de los ojos de un pez. Era el comedor de una mugrienta casa de comidas pública, visto desde algún punto de los conductos de ventilación del techo. La imagen parpadeaba y saltaba cada pocos segundos, como si fuera una pictografía continua mal formateada. Vio las mesas y las sillas tiradas allí donde la estampida de la gente las había volcado, y los trozos de los platos y los cuencos rotos. Había una barra y su superficie grasienta brillaba a la luz de las lámparas. Detrás, a cubierto, había una muchacha musculosa y de baja estatura, vestida con unas zapatillas de deporte, unos pantalones de seda japonagar preciosos y un chaleco de

cuero. Empuñaba una pistola compacta que en ese momento tenía apretada contra su magnífico torso. Mantenía los ojos cerrados bajo el flequillo de su pelo corto y decolorado.

«No acaba de convencerme el decolorado. Tengo que volver a mi pelirrojo natural.»

«Concéntrate. Esto no me ayuda.»

—Perdón.

Allí estaba el ninker. Al otro lado de la barra, acercándose al extremo más alejado. El cargador que sobresalía de la empuñadura de la pistola era tan largo que parecía que empuñaba una escuadra por el ángulo recto.

«Aparte de su ansiedad, no noto nada más. Ha fumado obscura en los últimos treinta y cinco minutos. Lo bloquea todo.»

—Así que lo más probable es que no caiga a la primera si le pego un buen golpazo, ¿verdad?

«Yo diría que es bastante improbable.»

Kara inspiró profundamente para calmarse, y la nariz se le llenó del olor a comida desparramada y a cafeína hervida. Un instante después se puso en pie para apuntar con la Trosvasse al ninker.

Que ya no estaba allí.

—¿Dónde demonios...?

«Creo que ha salido huyendo. Como un conejo, según sueles decir tú.» La puerta de servicio que estaba al otro extremo de la barra todavía se balanceaba levemente. Kara echó a correr hacia ella, con la pistola por delante y el brazo extendido. Era la postura característica de los arbitres en combate. Kara Swole jamás había formado parte del Departamento Munitorum, pero un depurador veterano llamado Fischig le había enseñado parte de sus habilidades hacía años.

Abrió la puerta oscilante. Al otro lado había un pasillo en penumbra. El suelo, de linóleo gastado, estaba repleto, a lo largo de las dos paredes, de cajas apiladas de ladrillos de fideos congelados y de tubos de grasa recuperada de forma mecánica. De las cocinas salía un olor fuerte y penetrante.

El lugar se llamaba Lepton, uno de los comedores públicos regentados por la misma familia y situados en el distrito Formal D de Petrópolis. Al igual que todos los bares y comedores independientes, estaba en la parte baja. Por encima tenía ochenta pisos de habitáculos y manufactorías. Ni la escasa luz del sol ni las lluvias ácidas llegaban tan abajo. Tan sólo las lóbregas cantinas que recibían subsidios del Munitorum podían permitirse posiciones más elevadas a la altura de la calle o similares. Todos los lugares públicos estaban abiertos las veinticuatro horas del día y daban de comer a la gente de los continuos cambios de turnos de trabajo. Los operarios se sentaban a tomar el desayuno al lado de obreros que estaban cenando y bebiendo licor de grano barato después de un duro turno de trabajo. En la oscuridad de allí abajo, el mundo era luz artificial, compartimentos de metal, paredes de madera contrachapada y una increíble capa de grasa que lo cubría todo.

Kara entró corriendo en la cocina. Los servidores siguieron trabajando con las sartenes siseantes y las cacerolas hirvientes sin prestarle atención. Se oía el constante repiqueteo de los miembros artificiales con utensilios de cocina incorporados. El aire estaba cargado de vapor y de humo de las comidas, atrapado y removido por extractores que habían dejado de funcionar en condiciones desde hacía generaciones. El puñado de humanos de verdad que trabajaban en la cocina estaba saliendo de sus escondites detrás de los enfriadores y de las encimeras. Todos se escondieron de nuevo de un salto y con un grito de pánico al ver pasar a otra persona armada.

—¿Hacia dónde ha ido? —le gritó a un pinche aterrorizado que estaba intentando esconderse detrás de la sartén que empuñaba.

El individuo murmuró algo ininteligible.

—¿Por dónde? —gritó de nuevo antes de pegarle un tiro a una freidora que estaba cerca. La grasa caliente comenzó a salir a borbotones por el agujero.

—¡Por la rampa de carga! —gimió el pinche.

Salió a toda prisa de la cocina y entró corriendo en un pasillo amplio, en cuyo suelo de rejilla habían montado unos raíles para empujar carretillas de carga estrechas. A cada lado había apiladas despensas portátiles, botelleros, alacenas colgantes y, lo que era inquietante y asqueroso, la letrina rebosante de los empleados, que era el verdadero motivo de la peste procedente de la zona de la cocina.

La compuerta del otro extremo estaba abierta. Le llegó una ráfaga de aire fresco. Se pegó a la pared los últimos metros de pasillo.

La rampa de carga era una plataforma de metal desgastado que sobresalía de la compuerta y que daba a una húmeda cámara de rococemento. Unos túneles de acceso bastante anchos para permitir el paso de carros y vehículos de transporte llevaban a la izquierda y a la derecha, iluminados tan sólo por unos paneles luminosos de color ámbar. Por encima de la cabeza, a través de un conducto que llevaba directamente a la superficie, se filtraba el agua corrosiva de la lluvia ácida y la leve luz del día. Unos ventiladores enormes y oxidados chirriaban en el interior del conducto.

Kara se acercó al raíl de la plataforma y se inclinó a tiempo para ver cómo su presa desaparecía por el túnel de la izquierda. Bajó de un salto y se lanzó a perseguirlo.

Para cuando salieron al callejón, iluminado por la luz amarilla de las lámparas de sodio y repleto de basura, ella ya había reducido la distancia que los separaba. El individuo miró hacia atrás. Por el gesto pareció que pensaba disparar de nuevo contra ella, pero luego siguió corriendo.

—¡Alto! —gritó Kara. El tipo no se detuvo.

Kara se agachó sobre una rodilla, apuntó y disparó la pistola empuñándola con las dos manos. El tiro lo alcanzó en la parte posterior del muslo. Cayó de lado, en un ángulo extraño, y se golpeó la cara contra un contenedor de basura con tanta fuerza que melló la sucia superficie metálica.

—Eso ha sido muy desconsiderado. Sólo quería charlar un rato contigo

—le dijo ella al llegar a su lado—. Empecemos de nuevo.

Él gimió algo acerca de la pierna.

—Intentaré no empeorar la herida. Quiero que me hables de Lumble.

—No conozco a ningún Lumble.

Kara le dio una patada en el muslo, un poco por encima del agujero de la herida, y él lanzó un chillido de dolor.

—Sí, sí que lo conoces. No te importó hablar de él y de sus negocios a esos amigotes tuyos.

—Debes de haber oído mal.

—No tuve que oír nada, tío. Te leí la mente. Lumble. Es el mejor. Si tú lo quieres, él lo consigue. Y a buen precio. Hierba de la risa, amarillos, azulitas. Miradas. Puede conseguir lo que quiera.

—¡No lo sé! ¡No lo sé!

—¿No sabes qué?

«Kara.»

—Ahora, no. Tío, ya sabes lo que quiero.

—¡No lo sé!

«Kara.»

—Ahora, no. Escucha, ninker, quiero conocerlo. Quiero conocer a Lumble. Quiero hacer negocios con ese tipo.

—Eso puede arreglarse —dijo una voz a su espalda.

Kara soltó al infeliz, que se deslizó hacia el suelo apoyado contra el costado del contenedor y sin dejar de gimotear. Había seis tipos enormes en el callejón, todos vestidos con guardapolvos de cuerpo y chaquetas tachonadas. Llevaban implantes musculares criados en cubetas de crecimiento. El jefe tenía la cara marcada, y las cicatrices, provocadas por ácido, mostraban un dibujo deliberado en el tejido de la piel. Eran pandilleros, o matones, o músculos de alquiler.

—Podrías haberme avisado...

«Lo intenté.»

—¿En qué puedo ayudarles, caballeros? —les preguntó con una rápida sonrisa.

Todos le devolvieron la sonrisa. Sus dientes cubiertos de sarro eran implantes metálicos y amalgamas semejantes. Varios tenían perforaciones en los labios, o incluso dientes adicionales cosidos a la punta de la lengua.

—Vale, me parece que la jodida aquí soy yo.

Kara realizó una rápida evaluación de la situación. Dos empuñaban navajas, otros dos unos grandes mazos industriales y el jefe iba armado con un puño sierra que zumbaba de forma amenazante, aunque las cuchillas todavía no giraban.

Ella tenía una pistola y su ingenio. Según Kara, eso igualaba la situación.

«No está igualada ni por asomo, Kara. Ni lo intentes. Ya buscaremos otra forma de salir de ésta.»

—¿Ah, sí? ¿Como cuál? —contestó ella con voz sarcástica.

—¿Con quién estás hablando, zorra? —le preguntó el jefe.

—Con las voces de mi cabeza —contestó Kara.

Tenía la esperanza de que eso los hiciera pensar durante unos momentos. Ni siquiera en un lugar tan jodido como Petrópolis a la gente le gustaba meterse con aquellos que tenían poderes psíquicos o que estaban directamente locos.

Calculó que la mejor opción era empezar por eliminar al jefe de un tiro. Eso dejaría fuera de combate el puño sierra y abriría un hueco entre ellos. A partir de ahí, todo sería cuestión de improvisar.

Habría funcionado, si no hubiese sido porque el ninker que tenía a la espalda y en el suelo le dio una patada con la pierna buena. Aquello desvió el disparo y la hizo trastabillar. Uno de los mazos apareció a toda velocidad y le arrancó de un golpe la pistola.

«¡Kara!»

Logró esquivar el puño sierra, que abrió un agujero en el contenedor a su espalda. Le dio un puñetazo en las costillas al jefe y sintió que algo se partía. Aprovechó para lanzarse y pasar entre ellos, pero una de las navajas le desgarró los pantalones, que eran sus favoritos. Un instante después, el otro mazo le dio de refilón en el hombro izquierdo y cayó al sucio suelo de roccemento.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Tienes que utilizarme! ¡Tienes que utilizarme ahora mismo!

«Hay demasiada distancia como para...»

—¡A la mierda la distancia! ¡Estoy muerta a menos que lo hagas!

El accedió. Ella sabía que él odiaba hacerlo. Sabía que ella misma odiaba que lo hiciera, pero había momentos en que no quedaba más remedio. El pequeño colgante de hueso espectral que llevaba en el cuello emitió un chasquido y relució con un destello psíquico. El cuerpo se convulsionó cuando se apropió de él, y todo lo que formaba a

Kara Swole —su mente, su personalidad, sus recuerdos, sus deseos y sus esperanzas— se replegó hacia una pequeña caja negra hecha de un olvido sólido.

El cuerpo de Kara Swole, con los ojos en blanco, se levantó de un salto desde donde estaba tumbado con un simple arqueo de la espalda. Desvió el golpe de un mazo con el revés de la mano y después le propinó una patada tan fuerte en el pecho a uno de los que empuñaban navajas que el esternón se le partió como una rama seca, con un fuerte chasquido.

La navaja salió despedida de su mano hacia lo alto. La palma de la mano izquierda de Kara Swole se lanzó hacia el arma, pero no para empuñarla sino para darle un fuerte golpe y desviarla de su trayectoria con mayor impulso todavía. Uno de los matones soltó el mazo que empuñaba e intentó dirigir la mano hacia la perforación que acababan de hacerle en mitad de la frente, pero cayó antes de espaldas.

El cuerpo de Kara se agachó sin mover las piernas para dejar pasar el golpe del otro mazo, y después dio un salto en horizontal para darle con los dos pies en toda la cara a su atacante.

Se irguió y agarró al otro navajero por la mandíbula inferior. Le metió los dedos en la boca y lo lanzó por encima de su cabeza. Una patada hacia atrás le partió la laringe.

El jefe cargó contra Kara con el puño sierra chirriando. Ella ya empuñaba uno de los mazos caídos en el suelo y lo blandió de forma que la cabeza bloqueó la sierra del arma. La cabeza del mazo quedó cortada en pocos instantes, pero era de duracita, por lo que atravesarla le costó los engranajes al mecanismo del puño sierra. Empezó a salir humo del arma. El cuerpo de Kara Swole aprovechó para meterle al jefe, con las dos manos, el extremo roto del mazo en mitad del pecho.

Kara comenzó a estremecerse y a temblar en medio de los cuerpos de los heridos y de los muertos. Se dejó caer de rodillas, jadeante.

Unos potentes haces de luz la enmarcaron de repente. Los ojos no reaccionaron ante aquellos focos.

—¡Magistratum! ¡Magistratum! ¡No se mueva o disparamos!

Rodeada por los chorros de luz, Kara alzó con lentitud las manos en un claro gesto de rendición.

Varias siluetas con armaduras y de aspecto agresivo surgieron de la luz que la envolvía apuntándola con las pistolas y con las porras de energía en alto.

—¡Boca abajo! ¡Vamos! ¡Boca abajo!

—Tengo autoridad —dijo Kara Swole, aunque en absoluto era su voz la que sonó.

—¿Ah, sí? ¿De verdad? —chasqueó el timbre de uno de los guardias del Magistratum a través del micrófono de su casco—. ¿Y qué clase de autoridad tienes para hacer esto?

El rostro, con los ojos en blanco y sin expresión, se giró hacia él.

—La autoridad de la Ordo Xenos, agente. Se trata de una operación que cuenta con autorización oficial. Soy el inquisidor Gideon Ravenor. Por favor, piense con mucho cuidado lo que va a hacer a continuación.